

PRÓLOGO

No podemos decir que la crisis nos haya pillado por sorpresa. Aunque es posible que haya muchos que crean que nuestra sociedad pasó súbitamente de la prosperidad al caos, lo cierto es que la crisis económica que paralizó la economía en 2008 y 2009 se estuvo gestando durante años, quizás incluso durante generaciones. Resulta muy fácil apuntar con el dedo y convertir en chivos expiatorios a los banqueros y los prestamistas hipotecarios cuyos jueguecitos de alto riesgo desestabilizaron los mercados financieros. Sin embargo, eso sería como culpar de la obesidad a la comida rápida.

Nos hemos estado atracando durante mucho tiempo. Durante veinticinco años, si no más, la economía estadounidense no hizo más que crecer y atiborrarse, consumiendo sin control alguno una cascada incesante de bienes inmobiliarios, de productos de consumo y de aparatos electrónicos. Antes se admiraba a Estados Unidos por su capacidad de innovación, y se hablaba mucho del ingenio estadounidense, pero, de algún modo, toda esa capacidad se centró en una innovación financiera excesivamente arriesgada. La economía se convirtió en un bazar gigantesco, alimentado por el crédito fácil. Al mismo tiempo, los mercados financieros, antaño paraísos para inversores, se transformaron en casinos, donde muchas de nuestras mentes más brillantes jugaban imprudentemente, haciendo apuestas de una complejidad inaudita. Han pasado casi diez años desde que Alan Greenspan revisara su definición

de «exuberancia irracional» para sustituirla por el término más condenatorio de «avaricia infecciosa» al ver cómo los castillos de naipes se hacían cada vez más elevados y más precarios.

Sólo era cuestión de tiempo que todo se viniera abajo; pero desde luego no fue una sorpresa para nadie. Tampoco fue nada *nuevo*. Ya habíamos pasado antes por lo mismo, no sólo en nuestra época, sino en los últimos 150 años, cuando sufrimos otros dos momentos críticos: las décadas de 1870 y de 1930, en que el desplome de la economía provocó graves depresiones económicas. Sin embargo, en ambas ocasiones salimos de esas épocas tenebrosas más fuertes y más prósperos que antes. Y ahora puede suceder lo mismo.

Ya hemos dedicado suficiente tiempo a desentrañar las causas de esta crisis y a predecir hasta qué punto puede caer la economía y en qué momento volverá a crecer. Si mirar hacia atrás tiene algún sentido es, precisamente, que nos permite aprender para el futuro; y tenemos mucho que aprender de las crisis y recuperaciones del pasado. Fueron épocas de devastación y de dolor que hicieron grandes agujeros en la economía y en la sociedad. La naturaleza aborrece el vacío, de ahí que, por cada institución hundida y por cada modelo empresarial que quedó desfasado, aparecieran otros nuevos y mejores que llenaron los huecos que iban dejando aquéllos. Los períodos de crisis dieron paso a nuevas épocas caracterizadas por el ingenio y la invención, en las cuales se forjaron nuevos modelos empresariales y nuevas tecnologías; también fueron épocas que propiciaron nuevos modelos económicos y sociales, así como modos de vida y de trabajo totalmente distintos a los anteriores.

El reloj de la historia avanza sin cesar. Podemos cruzar los dedos y esperar lo mejor, o podemos emprender acciones que nos permitan avanzar hacia un futuro mejor y

más próspero. Ya hemos superado crisis y depresiones terribles anteriormente, y siempre hemos vuelto a levantarnos, para volver a construir la economía y la sociedad y preparar el terreno para la prosperidad futura. A medida que los tiempos han ido cambiando, hemos adoptado nuevos modos de vida y de trabajo y nuevas maneras de organizar nuestras ciudades, lo que ha sentado las bases para el crecimiento y la recuperación. Una y otra vez hemos salido de las crisis reforzados y más ricos, tanto en lo tangible como en lo intangible. En este libro, dirijo la vista atrás para identificar los elementos clave de las épocas de cambio y de crisis anteriores, con la esperanza de que nos ayuden a identificar los factores clave de la transformación actual y nos proporcionen una estructura que nos lleve a una nueva época de prosperidad duradera.

PRIMERA PARTE

EL PASADO COMO PRÓLOGO

1

EL GRAN RESET

No puedo evitar preguntarme qué pensarían mis padres en estos momentos. Ellos nacieron en la década de 1920 y vivieron muchos de los momentos más dramáticos del siglo xx, desde la Gran Depresión de la década de 1930 a la extraordinaria recuperación experimentada en las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Ambos se criaron en Newark, el barrio italiano de Nueva Jersey, y la casa de mi padre carecía de nevera y de instalaciones sanitarias interiores. Me contaban historias sobre las colas para comprar el pan, sobre las ciudades formadas por tiendas de campaña y sobre la ropa que repartía el gobierno, todo lo cual era característico de la miseria urbana de los años de la Depresión. Mi padre tuvo que dejar la escuela a los 13 años para empezar a trabajar en una fábrica de gafas y así añadir su salario a los de su padre, su madre y sus seis hermanos, contribuyendo de ese modo a reunir los ingresos necesarios para mantener a toda la familia. En Navidades, sus padres, que no podían permitirse comprar juguetes nuevos, envolvían año tras año la misma excavadora de vapor y se la ponían debajo del árbol. Sin embargo, treinta años después, pudieron seguir a muchísimos de sus coetáneos hasta las zonas más verdes de los suburbios, donde primero compraron una resplandeciente casa nueva, luego un Chevrolet Impala, y luego una lavadora y una televisión, además de criar a sus hijos con una seguridad económica relativa. Mi padre vio cómo su precario puesto de trabajo se convertía en un empleo bien pagado

(en la misma fábrica de gafas) con el que podía mantener a toda la familia.

Los picos y valles económicos que experimentaron mis padres forman parte del ciclo vital de toda sociedad. Puede ser difícil y, en ocasiones, terriblemente doloroso, pero del mismo modo en que los árboles pierden sus hojas en otoño para que en primavera puedan crecer brotes nuevos, las economías también se *resetean* periódicamente. Las épocas de crisis muestran lo que no funciona, y es entonces cuando los sistemas obsoletos y disfuncionales se colapsan o quedan desfasados. Es entonces cuando las semillas de la innovación y la invención, de la creatividad y la iniciativa empresarial florecen y dan lugar a la recuperación, para reconstruir la economía y la sociedad. Los períodos de transformaciones económicas importantes, como la Gran Depresión o, aun antes, la Larga Depresión de la década de 1870, se despliegan a lo largo de espacios temporales prolongados como si fueran películas, no como fotografías. Del mismo modo, el camino hacia la recuperación puede ser largo y sinuoso; en el caso de estas dos crisis anteriores, se necesitaron prácticamente treinta años para recorrerlo. Si se enmarcan en un contexto histórico más amplio, se hace evidente que las crisis económicas dan paso, inevitablemente, a períodos muy importantes, en los que la economía se reconstruye de maneras que permiten su recuperación y un crecimiento renovado. Son períodos a los que yo llamo «grandes resets».

Sentado en la biblioteca del Museo Británico, Karl Marx escribió con mordacidad sobre el violento cambio de la antigua economía agrícola a la moderna economía capitalista. El capitalismo, el sistema económico más innovador y revolucionario de todos los tiempos, también era susceptible de sucumbir cuando se desataban el pánico financie-

ro y las crisis económicas. Pese a las penurias y el sufrimiento humano que causaron, las crisis desempeñaron un papel fundamental a la hora de impulsar la economía. Eran momentos críticos en que se modificaban las disposiciones económicas y sociales existentes, lo que daba lugar a nuevos períodos de crecimiento económico. Joseph Schumpeter, el gran teórico de la innovación y la iniciativa económica que nació el mismo año en que murió Karl Marx, utilizaba la expresión «destrucción creativa» para describir el proceso por el que las crisis económicas eliminan las empresas antiguas y los sistemas y prácticas económicos que han quedado desfasados; de ese modo abren paso a los nuevos emprendedores, a las nuevas tecnologías e incluso a industrias completamente nuevas y dan lugar a una nueva era de crecimiento. John Maynard Keynes creía que, durante estas crisis, era necesario aumentar el gasto público para, esencialmente, proteger al capitalismo de sí mismo. Si el sector privado se colapsaba, el gasto público era lo único que podía mantener en pie el capitalismo y facilitar la recuperación económica. Cada uno de esos pensadores ilustres describió partes del proceso por el que pequeños impulsos acaban desembocando en un *boom*, pero la recuperación económica duradera y real requiere mucho más que ráfagas de innovación tecnológica y de iniciativas gubernamentales.

A Rahm Emanuel, jefe del gabinete del presidente estadounidense Barack Obama, le gusta citar la ya famosa frase de Paul Romer, quien afirma que «desperdiciar una crisis es algo terrible».¹ Y, si nos centramos en la actual, la estamos desperdiciando completamente. Que el gobierno dedique billones de dólares a la antigua economía, con el objetivo de restaurar el nivel de bienestar colectivo anterior, demuestra, como poco, una escasa visión de futuro. La verdadera recuperación económica necesitará mucho más que rescates e incentivos gubernamentales y otras

medidas de este tipo, que no son sino parches con los que se pretende resucitar el antiguo sistema o generar recuperaciones breves e ilusorias en el mercado de valores, en el mercado inmobiliario o en el mercado automovilístico. El gasto público no puede ser una solución a largo plazo. Aunque el gobierno puede achicar el agua durante un tiempo, lo cierto es que carece de los recursos necesarios para generar el enorme nivel de demanda necesario para impulsar un crecimiento sostenido.

«Esta crisis económica no forma parte de un ciclo. Es un reset. Es un reset económico, social y emocional», dijo Jeffrey Immelt, consejero delegado de General Electric. «Quien lo entienda, prosperará. Y quien no, se quedará atrás.»² El *Webster's New Collegiate Dictionary* define «reset» como «volver a empezar desde el principio o de otro modo». El *Oxford English Dictionary* lo define como «volver a empezar de un modo distinto».

Los grandes resets son transformaciones amplias y fundamentales del orden económico y social que van más allá de lo estrictamente económico o financiero. Un verdadero reset no sólo transforma el modo en que innovamos y producimos, sino que da paso a un paisaje económico totalmente distinto. A medida que va tomando forma en torno a nuevas infraestructuras y sistemas de transporte, da lugar a nuevas estructuras urbanísticas y modifica la manera y el lugar donde vivimos y trabajamos. Al final, da paso a un modo de vida completamente distinto, definido por nuevas necesidades y deseos y por nuevos modelos de consumo que impulsan la economía y permiten que la industria se expanda y que la productividad mejore, al tiempo que crean nuevos y mejores puestos de trabajo.

Los sistemas económicos no existen en abstracto; están insertados en el tejido geográfico de la sociedad: cómo se utiliza la tierra, dónde se ubican las viviendas y las empresas, qué infraestructuras unen a personas, lugares y ac-

tividades comerciales. Estos factores se combinan para modelar la producción, el consumo y la innovación y, cuando cambian, también lo hacen los motores básicos de la economía. La verdadera característica diferencial de un gran reset es la reconfiguración del paisaje económico. Tras la Gran Depresión, los suburbios se extendieron, lo que generó una mayor demanda de automóviles, de electrodomésticos, de televisiones y de otros productos y, por tanto, dio lugar a la edad de oro de la producción en masa. La resolución de la crisis económica del siglo XIX no sólo implicó la aparición de nuevas industrias y tecnologías, sino también de enormes ciudades industriales.

Los geógrafos lo denominan «resolución espacial» de un problema.³ Estas enormes sacudidas económicas transforman el paisaje completamente a través de lo que destruyen y de lo que dejan en pie, a través de las reacciones o las nuevas actividades que provocan y, por último, mediante el espacio que dejan disponible para el nuevo crecimiento. La innovación tecnológica lleva a nuevas formas de infraestructura, lo que a su vez revoluciona la manera y el lugar en que vivimos y trabajamos. Tanto si se trata de tuberías y cables como de trenes y puentes, los nuevos sistemas llevan más lejos la energía y aumentan la eficiencia de la comunicación y del transporte, lo que mejora la circulación de bienes, de personas y de ideas. Con el auge y el declive de ciudades y de naciones se dan enormes movimientos demográficos, los centros de población más importantes se expanden drásticamente y el paisaje económico evoluciona con intensidad aún mayor. Cada era económica importante da lugar a una geografía nueva y distintiva que la caracteriza. El gran reset actual también tomará forma en torno a un nuevo paisaje económico y a un modo de vida completamente distinto, que se adecuará a las realidades económicas y sociales de nuestro tiempo.

El reset económico actual no ha hecho más que empezar, por lo que aún resulta difícil intentar determinar cómo se resolverá. Sin embargo, todos somos conscientes de que nuestro modo de vida está cambiando, al igual que el paisaje económico. Estos cambios están (y han estado) apareciendo de manera orgánica y discontinua desde hace un tiempo. No son resultado de políticas o programas arriba-abajo, aunque el gobierno pueda acelerarlos o ralentizarlos en función de lo que haga o deje de hacer. Una cosa es segura: este nuevo modo de vida emergente, al que algunos se refieren ya como una «nueva normalidad» inminente, estará menos orientado a los automóviles, a la vivienda y a los suburbios: gastaremos relativamente menos en todo lo que definió el modo de vida anterior. Tiene que ser así, si aspiramos a que nos quede dinero para poder mantener las nuevas industrias que aparecerán durante el gran reset y abrir las puertas a una era de prosperidad renovada. Durante la Gran Depresión de la década de 1930, tal y como veremos más adelante, la cantidad de dinero que las familias gastaban en alimentación descendió drásticamente, al tiempo que disminuía la proporción de estadounidenses que trabajaban en el campo para producir directamente esos alimentos. Ahora se hace necesaria una transformación de ese mismo tipo. Antes de poder sustentar las nuevas industrias del futuro, de desarrollar nuevas formas de biotecnología y de asistencia sanitaria, o incluso de explorar nuevas formas de educación o formas más experienciales de ocio y entretenimiento, es imprescindible que liberemos capital mediante una producción más barata y eficiente de los bienes del antiguo orden industrial.

Hemos llegado al límite de lo que George W. Bush denominaba «sociedad de la propiedad». Tener una vivienda en propiedad tenía sentido cuando uno podía esperar conservar el mismo empleo durante toda la vida. Sin embargo, en una economía que gira en torno a la movilidad y la flexibi-

lidad, una casa que no puede venderse acaba convirtiéndose en una trampa económica que impide la libre circulación de personas en busca de oportunidades económicas. No es sólo que esa parte del sueño americano haya quedado eclipsada, sino que también es obvio que los excesos económicos en el sector inmobiliario han sido uno de los principales motivos de la crisis económica. La vivienda absorbía demasiado capital tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo, y eran ya demasiadas personas las que habían excedido sus posibilidades al adquirir casas excesivamente grandes y las usaban como cajeros automáticos virtuales con los que financiar un consumo despreocupado. Cada gran reset ha visto cómo cambiaba el sistema de vivienda, y éste no será distinto. Hace ya un tiempo que la proporción de viviendas en propiedad es cada vez menor. Muchos de los que siguen optando por comprar adquieren viviendas más pequeñas, al tiempo que cada vez más personas optan por vivir de alquiler.

Es muy probable que nuestro nuevo modo de vida dependa mucho menos de los automóviles. En octubre de 2009, el *New York Times* publicó que «la recesión y la creciente preocupación por el medio ambiente hacen que muchas personas se replanteen la posibilidad de tener coche. Si durante más de cien años el automóvil ha sido el símbolo del sueño americano, puede que el entusiasmo automovilístico haya dejado de formar parte del ADN estadounidense». ⁴ La cultura del motor ya no ejerce el potente atractivo de antes. Cada vez son más las familias que deciden compartir un mismo automóvil, mientras que los jóvenes prefieren retrasar su compra y optan por el transporte público, la bicicleta, los servicios de *carsharing* o simplemente caminan. No es sólo que la gasolina y el diésel se hayan encarecido significativamente, es que el tráfico y los atascos se han convertido en un peso muerto en términos económicos y temporales.

Una de las constantes en la historia del capitalismo es el uso cada vez más intensivo de la tierra, a medida que las ciudades mercantiles fueron sustituyendo a las poblaciones agrícolas, que las grandes ciudades industriales fueron sustituyendo a las mercantiles, y que los enormes complejos de suburbios, de ciudades dormitorio y de ciudades limítrofes fueron ampliando los límites de esas mismas ciudades. La transformación que experimentamos ahora es mucho más que un movimiento demográfico de los suburbios a comunidades urbanas más densas. Estamos presenciando la aparición de un paisaje económico nuevo, más amplio y más denso de lo que haya sido jamás: el auge de enormes megarregiones, como los corredores que se extienden de Boston a Nueva York y a Washington, D. C., alrededor de Londres, y de Shanghái a Pekín.

Estas tendencias están aún en su primera infancia, pero se afianzarán y se intensificarán durante las próximas generaciones. Debemos entenderlas, para poder adaptarnos a ellas de la mejor manera y poder alcanzar una prosperidad compartida. El objetivo de este libro es facilitar una comprensión más profunda de las fuerzas que están remodelando nuestra economía y nuestra sociedad, y ofrecer una estructura que nos permita dirigir mejor nuestros esfuerzos, para guiarlas o acelerarlas, y paliar los costes humanos y la pérdida de puestos de trabajo. Los resets son procesos orgánicos y complejos, porque los avances en un área provocan cambios en otra. Empiezo dirigiendo la vista atrás a fin de identificar y analizar las fuerzas y los factores principales que han aparecido en las crisis del pasado y que han modelado los resets anteriores, para dar paso a nuevas eras de crecimiento y de prosperidad. Luego, la dirigiré hacia delante, para identificar las tendencias que ya han empezado a aparecer en nuestra economía y en nuestra sociedad y que pueden unirse para constituir los elementos centrales de otro gran reset: nuevas tenden-

cias de consumo que no se centran tanto en la vivienda y en el automóvil; nuevas infraestructuras que volverán a acelerar el flujo de personas, de bienes y de ideas; y un paisaje económico radicalmente alterado y mucho más denso, que servirá de trampolín para un modo de vida totalmente nuevo y para el desarrollo de nuevas industrias y empleos. Es necesario que anticipemos y comprendamos las tendencias que ya han empezado a manifestarse, porque así podremos desarrollar estrategias que las aceleren; reducir el tiempo necesario para salir de la crisis e iniciar el proceso de recuperación; afrontar más eficazmente la pérdida de empleos y el dolor que ello provoca; y, en definitiva, crear una nueva era de prosperidad.

